



Institución
Universitaria

NÉSTOR ARMANDO ALZATE ARANGO



COLOMBIALREVÉS

COLOMBIALREVÉS

Colombialrevés

Colombialrevés

Néstor Armando Alzate Arango



Alzate Arango, Néstor Armando
Colombialrevés / Néstor Armando Alzate Arango -- Medellín: Instituto
Tecnológico Metropolitano, 2022.
129 p. -- (Litterae)
Incluye referencias bibliográficas
1. Historia de Colombia. 2. Historia política de Colombia. 3. Política
gubernamental de Colombia. 4. Violencia en Colombia. I. Tít. II. Serie.
Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Colombialrevés
©Instituto Tecnológico Metropolitano
©Néstor Armando Alzate Arango
Hechos todos los depósitos legales
Edición: mayo de 2022
ISBN: 978-958-5122-68-0 (ePub)
ISBN: 978-958-5122-69-7 (PDF)
ISBN: 978-958-5122-67-3 (impreso)

Autor

Néstor Armando Alzate Arango

Comité editorial

Jorge Iván Brand Ortiz, PhD.
Gloria Mercedes Díaz Cabrera, PhD.
Juliana Cardona Quiros, Esp.
Jorge Iván Ríos Rivera, Ms.
Carlos Andrés González Sierra, Mg.

Equipo editorial

Juliana Cardona Quiros. *Directora editorial*
Carlos Andrés González Sierra. *Profesional universitario - Fondo Editorial ITM*
Catalina Ocampo Ocampo. *Asistente editorial*
Martha Cecilia Caballero Jerez y
María Fernanda Aristizabal Arango. *Corrección de textos*
Mauricio Raigosa Álvarez. *Diseño y diagramación*

Sello Fondo Editorial ITM
Calle 73 No. 76A 354 / Tel.: (574) 440 5100 ext. 5197-5382
Editado en Medellín, Colombia por el Instituto Tecnológico Metropolitano
catalogo.itm.edu.co - fondoeditorial.itm.edu.co
www.itm.edu.co

Este es un texto de creación que se inscribe en la gran área de las Humanidades, en el área de historia.

Las opiniones expresadas en el presente texto no representan la posición oficial del ITM, por lo tanto, son responsabilidad de los autores, quienes son igualmente responsables de las citaciones realizadas y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no será responsable ante terceros por el contenido técnico o ideológico expresado en el texto, ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual.

CONTENIDO

Introducción	6
Prólogo	9
Colombialrevés	12
Bibliografía	122
Índice onomástico	125

INTRODUCCIÓN

•

Los colombianos nos habituamos a confundir el árbol con el bosque; por eso, creemos que cualquier suceso que afecta gravemente la vida nacional es inédito. Y sin conocer los antecedentes de hechos similares anteriores es imposible hilvanarlos para entenderlos; por lo tanto, nos entregamos a la inocua creencia de que ese es nuestro destino y, como no se puede hacer nada, nos olvidamos del asunto. Con esa actitud borramos de la memoria histórica eventos tan traumáticos y determinantes como la toma del Palacio de Justicia (1985); la toma de la Embajada de República Dominicana (1980); el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (1948); la masacre de las bananeras (1928); el asesinato de Rafael Uribe Uribe (1914); la separación de Panamá (1903) o la guerra de los Mil Días (1899-1902), entre muchos otros.

Por ejemplo, damos por descontado —y nos lo han machacado por más de medio siglo—, que la violencia en Colombia comenzó con la muerte de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, sin tener en cuenta que en los 16 años anteriores el leviatán de la violencia liberal se encargó de arrasar aldeas enteras y asesinar a machete, calcinando, ahorcando, picando, mutilando y degollando hombres, ancianos, mujeres y niños para que desapareciera la simiente conservadora; pero al recuperar el poder los azules en 1946, les aplicaron a los rojos la misma medicina con dosis aumentada, replicando así la eterna y virulenta espiral de odio que a lo largo de la histo-

ria republicana –desde la Independencia misma– alternó los roles de víctimas y victimarios, dependiendo de cuál de los dos bandos gobernaba. Ante esta cruenta realidad, los colombianos siempre hemos preferido, como el avestruz, meter la cabeza en la arena para no tener velas en ese entierro, actitud que nos concede el privilegio inescrupuloso de culpar a los otros de todos los males que padecemos y pregonar, sin ambages, a los cuatro vientos que «los buenos somos más».

Esa postura acomodaticia explica por qué dejamos que esos acontecimientos pasen desapercibidos para la memoria colectiva, lo que, de hecho, nos exime de toda responsabilidad personal. Así las cosas, seguimos dormitando en nuestra comfortable ignorancia. Y como todos pensamos y esperamos lo mismo, apoltronados en esa solapada resignación, enjuicamos a todo el mundo y nos lavamos las manos impunemente.

Obviamente, el conformismo indolente del pueblo ha sido para la clase política y la oligarquía tradicionales –que son lo mismo–, una *bendición* que se traduce en una velada y tácita aprobación de sus iniquidades y, en consecuencia, siempre han obrado con la seguridad de que nunca tendrán que rendirle cuentas a nadie; es por ello por lo que disimulan su cinismo, disfrazándolo de paternalismo alambicado para hacerle creer al vulgo que lo que hacen es por el bien de la patria. Y lo más inaudito es que la plebe irredenta les cree invariablemente y los vuelve a elegir con la esperanza de que, en efecto, las cosas cambiarán.

Para demostrar lo anterior, en *Colombialrevés* hacemos un recorrido desde el presente hacia el pasado por la historia de Colombia a lo largo del siglo XX y, en esa travesía, nos adentramos en un laberinto en el que, una y otra vez, damos vueltas en el mismo círculo vicioso de la inequidad, la injusticia, la corrupción, la desigualdad, el desempleo, la violencia sin tregua, la venganza, la esperanza inútil; todo esto, bajo el yugo de varias estirpes liberales y conservadoras, legitimadas por sus ancestros criollos, lo que de hecho, según ellos, les confiere el derecho inmanente de ejercer el poder sin fecha de vencimiento. Cambian los nombres mas no los

apellidos ni los sucesos: en esencia, son los mismos, en los mismos escenarios aunque con renovadas coreografías pero con las mismas consecuencias.

Por eso el pasado y el presente de Colombia son idénticos y lo peor de todo es que, al parecer..., ¡el futuro también!

Amable lector, bienvenido a *Colombialrevés*.

Marinilla, agosto de 2021

El autor

PRÓLOGO

Desde el llamado Grito de la Independencia, valga decir, desde el mismo 20 de julio de 1810, Colombia viene dando tumbos, de conflicto en conflicto, de guerra en guerra, víctima de convulsiones y males, como la violencia, la pobreza, la exclusión social, y, desde 1978, asuntos permanentes y desestabilizadores como el secuestro, el desplazamiento, el narcotráfico y la corrupción sin freno (tal vez más dañina que el propio narcotráfico). Es decir, la paz es un estado que no se conoce en Colombia, tal y como la disfrutaban muchos países del mundo, por ejemplo, Suecia, Dinamarca, Noruega o Nueva Zelanda, entre otros. Es tal la triste historia de Colombia que, alguna vez, discutiendo los problemas del país, un congresista santandereano, que hizo célebre la expresión «¡Mamola!», se atrevió a recordarnos la frase de Darío Echandía: «Aquí no estamos en Dinamarca, sino en Cundinamarca».

La paz, como concepto, como representación (cándidas palomas y camisas blancas), es bien conocida en nuestro país; en la práctica, ni un instante. Baste para ejemplificar este aserto el recordar que con el mismo grito de la independencia nació La Patria Boba; la mala noticia es que seguimos en ella, está más viva que nunca y se nutre de cientos de males que a diario nos golpean. Recordemos que, teóricamente, al período comprendido entre 1810 y 1816 se le

conoce como la Patria Boba, pues ella fue el escenario de intensos combates entre los independentistas para imponer la forma de gobierno que, según intereses de unos y otros, debía regir en el nuevo Estado. La lucha sangrienta y permanente entre federalistas y centralistas produjo en esta nación, que apenas acababa de nacer, inestabilidad política, hambre, miseria, odios y, con ello, guerras regionales y civiles a lo largo y ancho de la naciente patria.

Colombialrevés es un viaje histórico que hacemos llevados por la pluma autorizada, sencilla, sugerente y profesional de nuestro colega, el periodista y escritor Néstor Armando Alzate Arango, quien empieza caracterizando al país que venimos describiendo:

Tras el sombrío ocaso del anterior, el nuevo milenio despuntó en medio de una nebulosa incertidumbre que auguraba cosas peores y, por eso, quien llegara asumiría el poder lastrado por la impotencia de un siglo de sonámbula navegación entre la bruma de la inequidad, la injusticia, la indiferencia estatal y la violencia partidista. Y como suele ocurrir con los pueblos que están al borde del colapso, Colombia esperaba un caudillo mesiánico. Álvaro Uribe Vélez proclamó serlo ¡y le creyeron!

Así, el autor nos lleva por una centuria de historia patria, de adelante (Álvaro Uribe Vélez) hacia atrás (Manuel Antonio Sanclemente):

[hasta] registrar las atrocidades de la cruenta guerra de los Mil Días que el mismo Manuel Antonio Sanclemente pudo evitar, pero nadie le explicó cómo, por qué y para qué». Con ese ominoso lastre despuntó el siglo XX en Colombia, calcando así lo acontecido a comienzos del siglo XIX, período que la historia conoce como La Patria Boba, en la que aún está atascada.

Colombialrevés nos cuenta que, en realidad, desde los acontecimientos padecidos desde esa lejana época hasta hoy, los actores (federalistas y centralistas) han mutado de nombres, pero las circunstancias de conflictos, guerras, desigualdad, hambre, saqueo y corrupción siguen tan *saludables* como otrora. Néstor Armando Alzate Arango, nuestro autor, con su autorizado y persuasivo lenguaje particular, nos lo dice así:

Por eso, aunque parezca una frase de cliché o folclórica, aquello de que los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla es, en el caso de Colombia, una perogrullada porque todas las calamidades presentes que parecen novedad producen asombro, desatan filípicas en el Congreso, generan críticas apocalípticas de la prensa y expresiones populares como «apague y vámonos», ya ocurrieron, tal cual, como si el tiempo se hubiera detenido. En consecuencia, da igual recorrer la historia de esta nación de atrás hacia adelante o en sentido inverso, pues al final de cuentas es lo mismo. Y para colmo de males todo indica que Colombia seguirá dando vueltas indefinidamente en su propia vorágine por culpa de la soberbia y la codicia de su atávica casta dominante y de la amnesia crónica del pueblo.

«Somos un pueblo sin memoria», dijo alguna vez el maestro Manuel Mejía Vallejo. *Al pueblo nunca le toca*, tituló uno de sus libros el escritor bogotano Álvaro Salom Becerra. Bien podría nuestro autor haber llamado este libro «De Uribe a Sanclemente» o «De Sanclemente a Uribe». No hay ninguna diferencia. Los hechos son los mismos, las familias reinantes son las mismas y las circunstancias diferentes, con iguales resultados: miseria, abandono del campo, hambre, pobreza, desplazamiento, narcotráfico y corrupción.

Para estar a tono con el lenguaje de la modernidad, digamos que Colombia sigue *en modo* Patria Boba, y que el esfuerzo investigativo, periodístico y literario de nuestro avezado colega nos lo está demostrando paso a paso, año a año y gobierno a gobierno. De adelante para atrás o de atrás para adelante. Al derecho o al revés. Lo mismo da.

Iván de J. Guzmán López

Periodista y escritor,
miembro correspondiente
de la Academia Antioqueña de Historia



Tras el sombrío ocaso del anterior, el nuevo milenio despuntó en medio de una nebulosa incertidumbre que auguraba cosas peores y, por eso, quien llegara asumiría el poder lastrado por la impotencia de un siglo de sonámbula navegación entre la bruma de la inequidad, la injusticia, la indiferencia estatal y la violencia partidista.

Y como suele ocurrir con los pueblos que están al borde del colapso, Colombia esperaba un caudillo mesiánico. Álvaro Uribe Vélez proclamó serlo ¡y le creyeron! Pero sus detractores, que lo consideraban el epítome de los cuatro jinetes del Apocalipsis, intentaron desmontarlo de la cabalgadura por sus presuntos nexos con paramilitares y narcotraficantes.

Álvaro Uribe Vélez, nacido el 4 de julio de 1952, procedente de Salgar, en el arisco Suroeste antioqueño, se había salido de la fila. Por ello recibió fuste de la aristocracia liberal y el respaldo de un pueblo cansado de la falta de autoridad, acosado por las masacres y tomas. Con poco más de 7 millones de votos, se echó al hombro el acuciante compromiso de sacar al país del marasmo y devolverle la esperanza, que también estaba secuestrada. Abogado de la Universidad de Antioquia, alcalde, gobernador, senador y autor de la controvertida Ley 100 que reformó la seguridad social del país a principios de los años 90, era una figura polémica, con fama de autoritario y derechista, a pesar de su condición de liberal.

Mientras los escépticos creían que su ascenso al poder implicaba el redoble de los tambores de guerra, para sus electores significaba que con su mano dura pondría fin a medio siglo de violencia partidista ininterrumpida, pues el pueblo estaba cansado de la pusilanimidad de los gobiernos anteriores y de la prepotencia de los alzados en armas. Por eso exigía una acción decidida contra esos grupos que mantenían a la sociedad sumida en el miedo y la

impotencia. Su proyecto de gobierno lo sustentaba con la propuesta de recuperar la autoridad perdida y la consecuente devolución de la seguridad al país mediante la extirpación del cáncer terrorista que había hecho metástasis en el tejido social: arruinando el campo, la economía, la infraestructura petrolera, la industria y, de ñapa, aumentando la pobreza, el desempleo, la delincuencia común y engordando los cinturones de miseria de las grandes ciudades.

Era el punto de no retorno al heredar la permisividad del gobierno anterior presidido por el abogado conservador, exsenador y exalcalde de Bogotá, Andrés Pastrana Arango, nacido el 17 de agosto de 1954 –hijo del expresidente Misael Pastrana Borrero– quien, después de vencer por amplio margen en las elecciones a Horacio Serpa Uribe, entregó a las Farc la soberanía sobre 42 000 kilómetros cuadrados del territorio nacional, para adelantar los diálogos de paz.

En ese lapso, se fortificaron los guerrilleros que construyeron pistas de aterrizaje, abrieron y modernizaron carreteras, ampliaron los refugios para guarecerse y esconder secuestrados procedentes de todo el país, incrementaron los cultivos ilícitos y los laboratorios para el procesamiento de la coca. Gracias al ingreso de moderno y sofisticado armamento aumentaron las masacres, arreciaron los ataques a las poblaciones, multiplicaron la retención ilegal de miembros de las Fuerzas Armadas, políticos y personalidades para usarlos como escudos humanos y material canjeable, redoblaron las voladuras de torres de energía y explosiones de carros-bomba, burros-bomba, casas-bomba, bicicletas-bomba y hasta collares-bomba contra todo lo que se moviera.

Para congraciarse con las Farc, el presidente ordenó apuntar los fusiles oficiales contra los paramilitares. En medio del fuego cruzado, la población civil no tuvo más alternativa que permanecer en la precaria seguridad de sus casas, pues no se podía huir a ningún lado porque en todas las carreteras secuestraban caravanas completas y ni siquiera los aviones se salvaban. La guerra se urbanizó irrigada por la afluencia de recursos y armas provenientes de la zona de despeje. Comenzó la aparición de milicias de todas